
LUZ Y SOMBRA

Cuando en el pavimento la persiana,
Como listada piel de tigre hireana,
De sombra y luz solar tiende una alfombra,
Si en ella ciavo con tesón la vista,
Cambiando de tamaño cada lista,
Mientras mengua la luz, crece la sombra.
Yo bien sé que, aunque siempre repetido,
Sólo es vana ilusión de mi sentido
Ese de sombra y luz efecto extraño:
Yo bien sé que si aparto de él la vista,
Al mirarlo de nuevo, cada lista
Recobra su figura y su tamaño.
Pero es triste, muy triste Dios clemente,
Que así también, cuando tenaz y ardiente
Persigue el hombre la verdad desnuda,
Si en los grandes problemas un momento
Fija con atención el pensamiento,
Mientras mengua la fé crezca la duda.

A FEDERICO

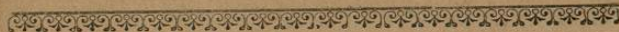
Niño que al triste fulgor
De mi estrella amortecida
Vas penetrando en la vida
Por la senda del dolor;
Que, angustiado cuando ves
Mi tormento y mi martirio,
Vives mustio como un lirio
Nacido al pie de un ciprés.
Y con infantil piedad,
Compartiendo mi agonía,
Ni aun buscas la compañía
De los niños de tu edad:
Cuando, en presencia de Dios
Que nos ve desde la cumbre,
Al dulce amor de la lumbre
Solos velamos los dos,

Y corren, sin que yo quiera,
Mis lágrimas silenciosas
Entre las ondas sedosas
De tu rubia cabellera,
Y en mi agitado interior,
Con lucha terrible y muda,
Combaten la fé y la duda,
La esperanza y el temor,
Aunque por tu edad ignoras
Lo duro de estas batallas,
Me ves silencioso, y callas;
Me sientes llorar, y lloras;
Y entonces, de una pasión
A otra pasión arrastrado,
Por dos fuerzas desgarrado
Se me parte el corazón.
Temblando, el llanto reprimo;
En mi congoja sombría,
Miento frases de alegría
Y el labio en tu frente imprimo;
Que aunque mi aficción es tanta
Y es tan acerbo mi mal,
No han de ser ellos dogal
De tu inocente garganta.
Procurando tu ventura,
El voto debo cumplir

De la triste que al morir
Te encomendó á mi ternura.
Crece, sí, mi dulce amor;
Nada perturbe tu calma,
Que aún no tienes, niño, el alma
Templada por el dolor;
Ni puede querer tu mal
La que, previendo mi duelo,
Me dejó para consuelo
Tu sonrisa angelical.
Vida de bien tan avara
Presta á tu infantil belleza
Una sombra de tristeza
Que más hermoso te para;
Mas ¡ay! me aterra pensar
Que mi constante amargura
Puede aumentar tu hermosura
Con la sombra de un pesar.
En este ambiente nocivo
Del dolor, que es mi elemento,
Por tí solamente aliento,
Por tí solamente vivo;
Y cuando, exaltado y loco,
Toda esperanza perdida,
Juzgo imposible la vida
Y á voces la muerte invoco,

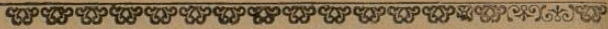
Pensando en tu porvenir
Siento en las arterias frío.....
¡Crece, crece, niño mio,
Porque pueda yo morir!

DICIEMBRE DE 1879.



i i

Para Dios no hay eventos, no hay acasos:
Antes que el giro de la azul esfera
La eternidad á tiempo redujera,
Contó mis horas y midió mis pasos.
El mal y el bien me brindan con sus vasos,
Y esquivarlos en vano el alma espera,
Que de mi vida la fatal carrera
Mutaciones no admite ni retrasos.
Anterior á mi sér es mi destino;
Tasadas mis acciones *ab eterno*;
Fija la suerte, ineluctable el sino:
¡Y aún suponen que un Dios piadoso y tierno
Puede abrir al final de mi camino
La cima tenebrosa del infierno!



ANSIEDAD

Por no conocerme así,
No quisiera conocerme,
Boscán

De tan largo padecer:
De tan continuo penar,
Imbécil me he de tornar
O loco me he de volver:
Trastornado está mi sér
Desde que mi amor perdí;
Y es tanto el mal que sufrí,
Tanto el que sufriendo estoy,
Que no encuentro en lo que soy
Ni sombra de lo que fuí.
Cuando tiendo la mirada
Por los años de mi vida,
De hallarse tan abatida
Llora el alma sonrojada:

— 31 —

Hoy, al fin de mi jornada,
Al contemplarme y al verme
Débil, apocado, inerme
Contra la suerte fatal,
Por no conocerme tal
No quisiera conocerme.

Desde que mi bien perdí
Con lucha implacable y muda
La certidumbre y la duda
Batallando están en mí:
Ni creo lo que creí,
Ni niego lo que negué;
Y, examinando el por qué
De cuanto temo y deseo,
Todas las sendas tanteo
Y en ninguna siento el pie.
¡Feliz, feliz el creyente
Que espera, firme y entero,
En un Dios justo y severo
O en un Dios dulce y clemente!
Mas ¡ay de aquel que impaciente
Sondea la eternidad,
Y en vaga perplejidad,
Jamás el ánimo inclina
Ni á la justicia divina
Ni á la divina bondad!
Para el que no osa creer,

Es la eternidad baldía
Un interminable día
Sin mañana y sin ayer;
Noche fué su amanecer,
Y en su horizonte sombrío,
Negro recorre el vacío
Un sol que, entre opacas nieblas,
Rayos lanza de tinieblas
Y ondas esparce de frío.
Pero aquel que, en su impiedad,
A la negación se aferra,
Del animo al fin destierra
Duda, temor y ansiedad:
El admite una verdad,
¡Triste verdad, bien lo sé!
Mas para el alma que fué
Presa de cobarde anhelo,
Cualquier creencia es consuelo:
¡La fe en la nada aún es fe!
Yo, como el agua que llueve
Corre esparcida sin cauce,
Como la rama del sauce
Que á todo viento se mueve,
Presa de la duda aleve
Cambio sin saber por qué;
Y, exhausto de toda fe,
Con amargo desconsuelo,

Consternado miro al cielo
Cuando nombro á la que amé,
En vano la Religión
Me manda, con ceño airado,
Que olvidando lo pasado
Procure mi salvación;
Que negocie mi perdón,
Y que, aplicando al veneno
Que oculto llevo en el seno
La triaca que me den,
Agencie mi propio bien
Sin pensar en el ajeno.
¡Traición fuera, vil traición,
Olvidar, falto de brio,
A la que por mí, Dios mío,
Arriesgó mi salvación!
En indisoluble unión,
Almas que supo juntar
Al pie de tu propio altar
Amor trocado en deber,
¡O juntas se han de perder,
O juntas se han de salvar!
Y al salvarme, ¿qué ventura
Lograra yo ¡desgraciado!
Si en lo tenerla á mi lado
Consiste mi desventura?
Aunque en la celeste altura

Donde mi clamor se estrella,
Desertando de su huella
Penetrar consiga yo,
Para quien tanto la amó,
¿Qué gloria ha de haber sin ella?
¡Oh! cuando uno ha de caer,
Acaso el otro, en la gloria,
Pierda la dulce memoria
De los amores de ayer.
Mas si no hemos de caber
A un tiempo los dos allí,
Haz, Señor, que junto á Tí
Mi esposa feliz se crea,
¡Ay! aunque yo no la vea
Ni ella se acuerde de mí!

ENERO DE 1880.

LA ULTIMA TABLA

En el abismo del dolor sumido
La mirada levanto á las alturas,
Y desde el hondo valle de amarguras
Te invoco ¡oh Dios! con ánimo abatido.
¡De la duda que ofusca mi sentido
Disipa Tú las ráfagas oscuras!
No te pido grandezas ni venturas:
¡Esperanza, y amor y fe te pido!
Aunque en sollozos mi dolor exhalo,
De punzante inquietud y angustia lleno.
Aún tu bondad á tu poder igualo.
No al odio dejes invadir mi seno:
Bueno te juzgo; pero, si eres malo,
¡Déjame, por piedad, juzgarte bueno!

DESENGAÑO

En pos de la verdad, con ansia impía
Corrí desatentado
Pero, alcanzada al fin, ¡cuánto daría
Por no haberla alcanzado!

ULTRA

Morir.... Dormir.... —¿Dormir? —¿Soñar acaso!
SHAKESPEARE.

I

Despierta, corazón, ésta es la hora:
Ya tu plegaria vespertina espera
La pobre compañera
Que á sombras del ciprés dormida mora.
Despierta, sí, despierta: ya incolora
Se angosta en las regiones del vacío
La franja del crepúsculo sombrío,
Semejante á la franja de la aurora.
Mas no: ¡cuán diferente!
Ese sol esplendente,
Que los cielos recorre paso á paso,
¡Qué alegre se levanta en el oriente!